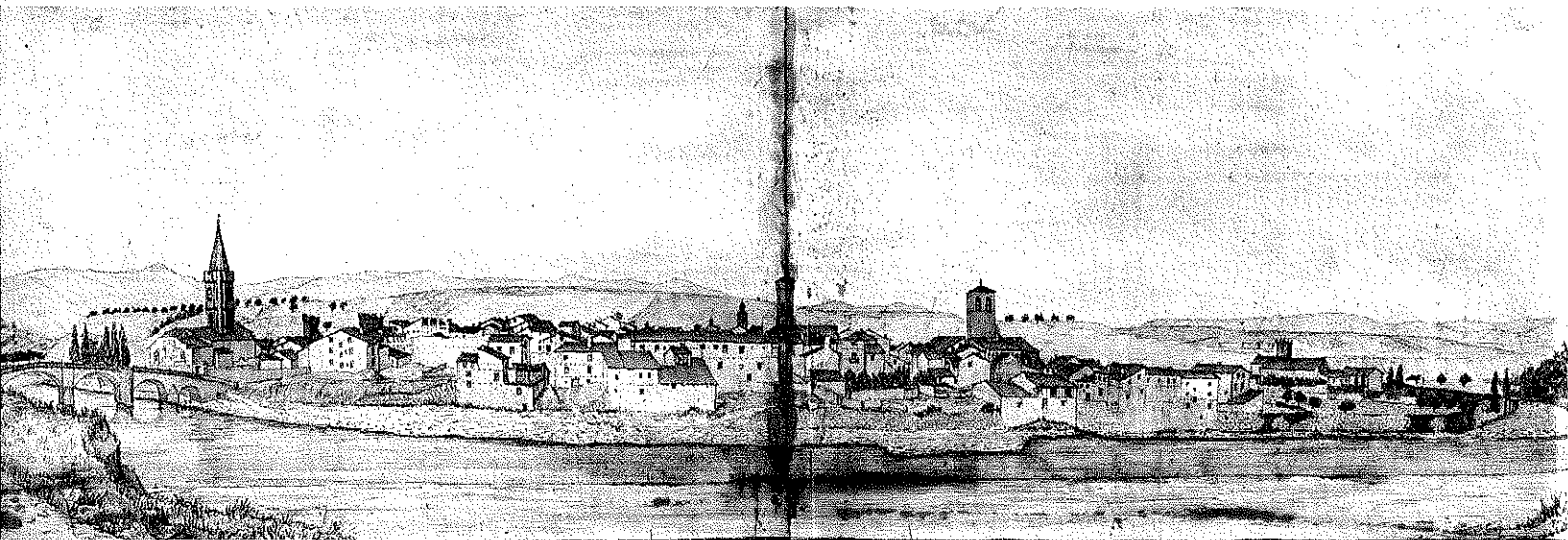
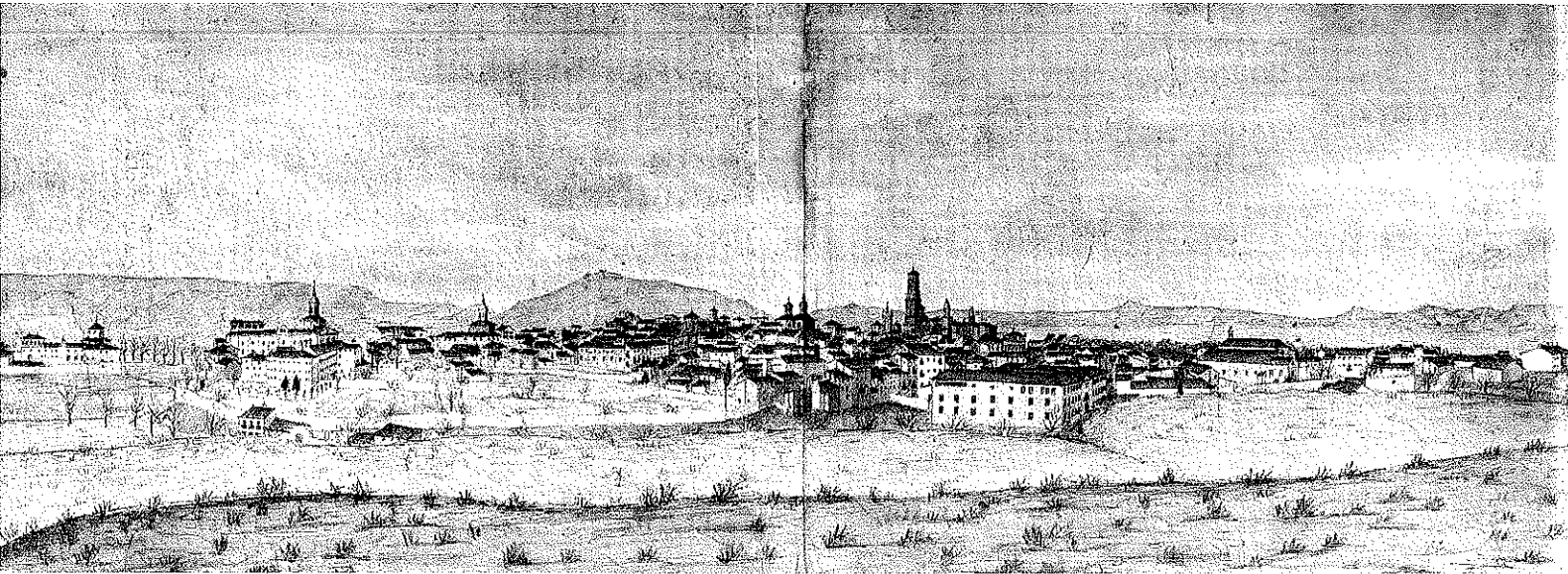


# PREGÓN

SIGLO XXI

Revista Navarra de Cultura

número 29 - 5 €



- *Vistas de Navarra del siglo XIX*
- *Francisco Salinas Quijada*
- *El capitán Contreras contra el capitán Alatraste*
- *César Borgia*
- *«Aquellos eran encierros...»*
- *Premios literarios «Faustino Corella» y «José M<sup>a</sup> Iribarren»*
- *Poesía, arte, literatura, libros*

# SUMARIO

UNAS CURIOSAS VISTAS DE NAVARRA DE MEDIADOS DEL SIGLO XIX  
*J. J. Martinena* [3]

UN INTERESANTE POEMA DEL JUDÍO TUDELANO ABRAHAM IBN EZRA  
*J. M<sup>e</sup> Corella* [6]

INNOVACIÓN: UNA NECESIDAD EN LA ECONOMÍA NAVARRA  
*I. de Val* [14]

IN MEMORIAM FRANCISCO SALINAS  
*J. M<sup>e</sup> Corella* [17]

FUEROS Y CRISMÓN  
*R. Ollaquindia* [18]

TUDELANOS EN PAMPLONA  
*Ollarra* [20]

LUCES Y SOMBRAS DEL AMEJORAMIENTO DEL FUERO DE 1982  
*J. Nagore* [23]

MARZO EN ABRIL, IRUÑA  
*C. Allué* [24]

EL CID CABALGA POR BARAÑAIN  
*R. Ollaquindia* [29]

LA FIGURA DE CÉSAR BORGIA EN *A LOS PIÉS DE VENUS*  
 DE V. BLASCO IBAÑEZ  
*C. Mata* [32]

CAPITANES (I). CONTRERAS CONTRA ALATRISTE  
*J. R. de Andrés* [38]

EL RENACER DE EUROPA. EN EL CINCUENTA CUMPLEAÑOS  
 DEL TRATADO DE ROMA  
*P. Lozano* [45]

AUTONOMÍA Y LIBERTAD  
*E. Alarcón* [47]

PEQUEÑAS HISTORIAS DEL SIGLO XX  
*M<sup>e</sup>. D. Martínez Arce* [49]

*del archivo de Pregón:* AQUELLOS ERAN ENCIERROS  
*Premín de Iruña / P. Lozano de Sotés* [52]

TABACO CULTURA Y SALUD  
*J. J. Viñes* [54]

RINDIÉNDONOS EN CASA  
*I. Lloret* [57]

*entrevista:* EL DR. JOSÉ M<sup>a</sup> MARTÍNEZ PEÑUELA:  
 LA INTENSIDAD DE UNA VIDA  
*M<sup>e</sup> J. Vidal* [60]

MARIANO SINUÉS, ILUSTRADOR  
*J. M<sup>e</sup> Muruzábal del Val, J. M<sup>e</sup>. Muruzábal del Solar* [65]

MINA EL MOZO: I. SUS PREPARATIVOS INSURGENTES  
 EN ESTADOS UNIDOS  
*J. R. de Andrés Martín* [71]

EN EL 2<sup>o</sup> CENTENARIO DE DON HILARIÓN ESLAVA  
*M<sup>e</sup>. L. S. Sala* [77]

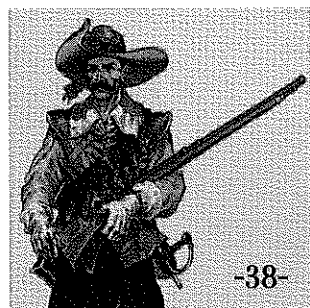
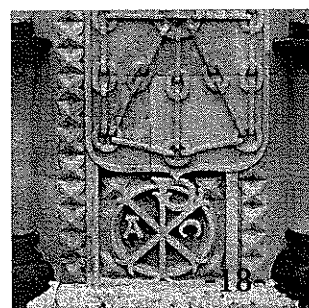
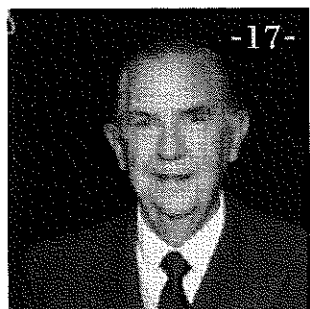
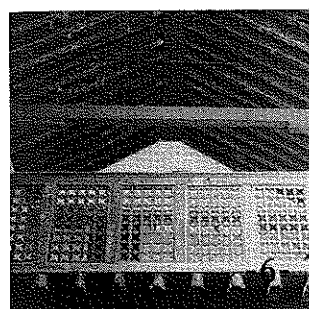
VI CENTENARIO DE LA MERINDAD DE OLITE  
*P. Sáez Martínez de Ubago* [80]

CRÓNICA DEL ITINERARIO NAVARRO AL ESCENARIO DE  
 LA BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA (II).  
 LAS ÓRDENES MILITARES EN LA BATALLAS DE LAS NAVAS  
*M. Samuel* [84]

*curso literario*  
 PREMIO DE POESÍA FAUSTINO CORELLA. POEMAS PREMIADOS [87]  
 PREMIO DE RELATO JOSÉ M<sup>e</sup> TRIBARREN. RELATOS PREMIADOS [87]

*poesía:* V. M. Arbeloa, D. Aldaya, A. Díaz de Cerio,  
*M<sup>e</sup> S. Ochoa Medina* [97]

*libros recibidos* [100]



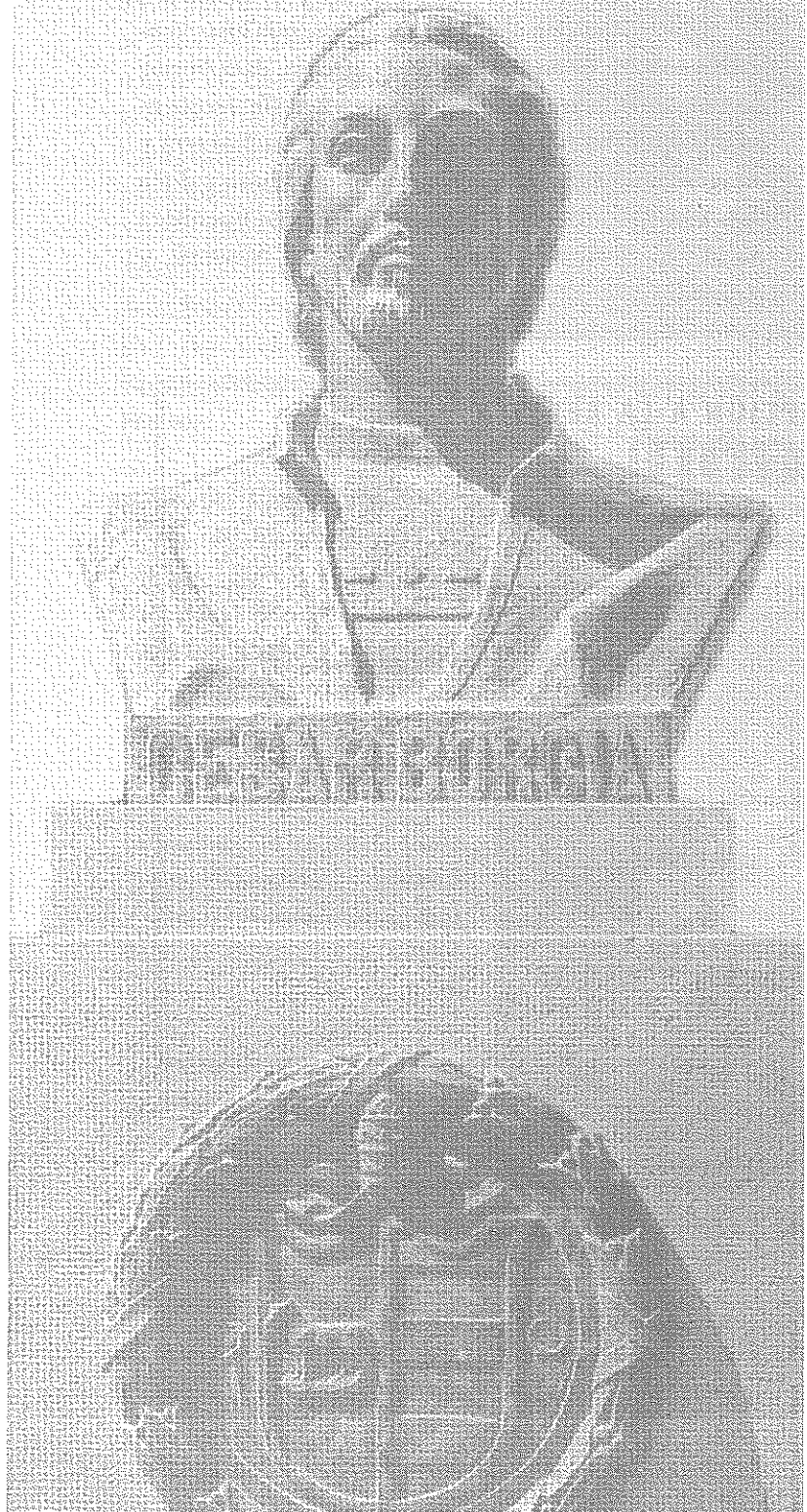
REVISTA  
 DE LA  
 PEÑA  
 PREGÓN  
 FUNDADA EN 1943  
 NÚMERO 29  
 AÑO 2007  
 PRECIO: 5 €

# LA FIGURA DE CÉSAR BORGIA EN *A LOS PIÉS DE VENUS* DE V. BLASCO IBAÑEZ

Carlos Mata

**E**ste año 2007 se cumple el V Centenario de la muerte del célebre César Borgia, ocurrida el 11 de marzo de 1507 en el camino entre Mendavia y Viana (Navarra). La efemérides está siendo recordada por el Ayuntamiento de Viana con un importante programa de actos organizados en colaboración con el Gobierno de Navarra y diseminados a lo largo de todo el año. Con este trabajo quiero sumarme a ese recordatorio, comentando la visión rehabilitadora sobre los Borgia en general y sobre César en particular que ofrece Vicente Blasco Ibáñez en su novela *A los pies de Venus*. Como es de sobra sabido, los Borgia (forma italianizada de su originario apellido Borja) son personajes que han dado lugar a múltiples acercamientos, no sólo desde el terreno de la historiografía, sino también en el del arte, la música, el cine y la televisión y, por supuesto, también el de la literatura de ficción. Prototipos de maldad y monstruosidad para algunos, sus figuras (especialmente las de Rodrigo de Borja y sus hijos Lucrecia y César) han estado nimbadas de una aureola de leyenda (muchas veces una calumniosa «leyenda negra») que las hacía especialmente atractivas: su ambición desmedida, su nepotismo, sus crueles crímenes y asesinatos (el tantas veces aludido «veneno de los Borgia»), los excesos de todo tipo (por ejemplo, las supuestas relaciones incestuosas en el seno de la familia), que les fueron atribuidas por sus enemigos y que luego han pasado a formar parte del imaginario colectivo, son elementos que han hecho de los Borgia unos personajes especialmente aptos para la fabulación novelesca.

En el terreno estrictamente literario (y dejando de lado las abundantes biografías más o menos noveladas), la figura de César Borgia ha inspirado, entre otros autores, a Francisco Navarro Villoslada, quien escribió una leyenda histórica titulada «La muerte de César Borja»; a Pío Baroja, que en su novela *César o nada*, al tiempo que retrataba a un agónico César Moncada que se debate entre el deseo de acción y la abulia, dedicó una mirada evocativa a la célebre familia; a Manuel Vázquez Montalbán, autor de una novela de parecido título, *O César o nada* (ambas reproducen, con esa ligera variante, el lema latino de César, «*Aut Caesar aut nihil*»); o a Luis Gómez-Acebo, autor de *A la sombra de un destino*; en nuestros días, las hermanas Elena y Michela Martignoni han publicado dos novelas sobre el personaje, *Réquiem*



por el joven Borgia y César Borgia, verdugo de tiranos. Y la lista de obras podría ampliarse fácilmente con muchos otros títulos que están entre la historia y la literatura o la leyenda. Lo que pretendo ahora es un breve acercamiento a la caracterización de César Borgia que encontramos en la novela de Blasco Ibáñez *A los pies de Venus*, subtitulada precisamente *Los Borgia*.

### 1. ALGUNOS DATOS SOBRE BLASCO IBÁÑEZ

Vicente Blasco Ibáñez (Valencia, 1867-Mentón, Francia, 1928) fue un novelista de éxito y fama comercial, quizá el primer escritor español que pudo vivir bien de la comercialización de su obra literaria. Su ubicación en la historia de la literatura es complicada: cronológicamente se sitúa cercano al Modernismo, pero por su técnica narrativa tradicional y su estilo realista enlaza más bien con el Realismo y el Naturalismo decimonónicos. Como intelectual comprometido, interesado por la acción política (fue varias veces diputado), atacó a la Iglesia y la Monarquía y defendió los ideales republicanos y los intereses de las clases populares. Entre sus obras destacan *Arroz y tartana* (1894), *La barraca* (1898), *Entre naranjos* (1900), *Cañas y barro* (1902), *La catedral* (1903), *El intruso* (1904), *La horda* (1905), *La maja desnuda* (1906), *Sangre y arena* (1908), *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1916) y *Mare Nostrum* (1918), novelas estas dos últimas que le dieron gran fama internacional.

Además, Blasco Ibáñez se acercó con cierta frecuencia al género de la novela histórica. Dejando aparte *Sónnica la cortesana* (1901), en la que la crítica ha visto un intento de novela arqueológica a la manera de *Salambó* de Flaubert, hay otras cuatro novelas históricas del escritor valenciano que pueden agruparse por su proximidad cronológica y por su intención. Me refiero a *El Papa del mar* (1925), *A los pies de Venus* (1926), *En busca del Gran Kan* (1929) y *El caballero de la Virgen* (1929). Estas cuatro obras se agrupan por parejas, en dos series: una está centrada en la Italia de los siglos XIV y XV (la historia de los Papas de Aviñón, el Gran Cisma de Occidente y el pontificado de Pedro de Luna, más una amplia semblanza de la familia Borgia), mientras que la otra tiene como referencia histórica el Descubrimiento de América por Cristóbal Colón y el tiempo de los primeros conquistadores (1).

Al abordar la temática histórica en estas novelas, Blasco Ibáñez no se muestra neutral, sino que toma claro partido, bien para procurar la vindicación histórica de algunos personajes denostados (el Papa Luna, los

Borgia), bien para lo contrario, para desmitificar a un héroe ensalzado a su juicio en exceso (Cristóbal Colón). Desde un punto de vista ideológico, esa revisión histórica le sirve para lanzar algunas pullas contra la monarquía y las autoridades eclesiásticas. Por otra parte, en todo momento queda manifiesto su profundo españolismo: en la primera serie se destaca la importantísima actuación de personajes españoles al frente de la Iglesia y en la segunda se presenta la magna aventura americana como una empresa popular y española.

### 2. CÉSAR BORGIA EN A LOS PIES DE VENUS

*A los pies de Venus* (2) es la segunda parte o continuación de *El Papa del mar*. La primera novela va fechada en Fontana Rosa, Mentón (Alpes Marítimos), agosto-octubre de 1925; la segunda, en el mismo lugar, junio-septiembre de 1926. En sentido estricto, no estamos ante dos novelas históricas, pues su acción es contemporánea: se centra en la relación amorosa que se establece entre Claudio Borja y Rosaura Salcedo. Claudio, poeta y escritor, descendiente lejano de los Borgia, está prometido a Estela, la hija del senador español Arístides Bustamante, pero en Aviñón se encuentra con Rosaura, una bella y rica viuda argentina, a la que había conocido dos años antes en un banquete, y ambos se enamoran (en distintos pasajes, Rosaura queda identificada por su belleza con la diosa Venus, ella es «la Venus de la Costa Azul», y eso explica el título de la segunda novela). Claudio está preparando un poema en prosa sobre Pedro de Luna y los Papas de Aviñón, y Rosaura se siente interesada por el tema, lo que da pie al narrador para trazar en las tres partes en que se divide externamente la novela («La ciudad de las tres llaves», «La guerra de los tres Papas» y «En el Arca de Noé») un amplio panorama histórico en torno al Gran Cisma de Occidente y los papas de Aviñón, para centrarse después en la figura de Pedro de Luna (Benedicto XIII, el gran Papa Luna), primer español en ocupar la Santa Sede. El novelista nos ofrece la etopeya de un hombre extraordinario, tenaz, pleno de fe en sí mismo, de poderosa voluntad y energía indomable, que amaba el mar hasta el punto de aparecer denominado como «el Papa del mar» (es el título de la novela, y hay abundantes referencias al interior del texto), y que al final iría en busca del mar en su fortificado retiro de Peñíscola.

Todo ese panorama histórico nos muestra los antecedentes de la llegada al poder de los Borgia en Italia; pero, en cualquier caso, es la segunda novela, *A los pies*



de Venus, la que está dedicada por entero a ellos. Igual que en la anterior, se manejan aquí dos planos temporales: el tiempo presente, donde prosigue la relación de Claudio y Rosaura, con una acción situada en la Costa Azul y otros lugares europeos de buen tono (Cannes, Mentón, Montecarlo, Mónaco...); y, por otra parte, el plano histórico, la Italia renacentista de los Borgia, que es el tiempo evocado en las conversaciones de los protagonistas. En efecto, Claudio recibe ahora la visita de su tío, el canónigo don Baltasar Figueras, que fue su tutor en su niñez. Buena parte de la historia de los Borgia que encontramos en la novela nos la cuenta don Baltasar, a través de las explicaciones que da a su sobrino sobre sus lejanos antepasados, explicaciones que se completan con las conversaciones que mantiene Claudio con Manuel Enciso, y también a través de las lecturas históricas y las reflexiones del propio Claudio —que terminará identificándose con César Borgia— cuando está convaleciente de las heridas recibidas en un duelo con López Rallo, un diplomático que pretende a Rosaura.

De todo ese núcleo histórico incrustado en la acción ficticia contemporánea se desprende una conclusión: hay que rehabilitar la memoria historia de los Borgia; eso es precisamente lo que le había pedido don Baltasar a su sobrino Claudio cuando era pequeño: «Defiende a los tuyos, que son los mayores calumniados de la Historia» (p. 1028a). Y lo mismo hace ahora, cuando reaparece en su vida. Para el canónigo, que «parecía no haber nacido para otra finalidad que hablar de los Borja» (p. 1028b), los Borgia fueron hombres de su época, no monstruos; como extranjeros, españoles que tuvieron el talento de alzarse en Roma con el poder espiritual y temporal del Papado, fueron objeto de la «gran calumnia universal», de forma que fueron presentados como modelos de monstruosidad; por ejemplo, en su opinión, el famoso «veneno de los Borgia» no es más que una leyenda popular. Lo que ocurrió fue que sus enemigos concentraron en ellos todas las maldades de su tiempo (y la Reforma protestante aprovechó después esas acusaciones para desacreditar al Papado), y don Baltasar pide ahora la ayuda de Claudio en «su gran empresa en favor de los Borgias».

De esta forma, a lo largo de las tres partes de que consta la novela («El último cruzado», «La familia del toro rojo» y «Nuestro César»), se va trazando un completo cuadro de la familia Borgia: se habla de su origen español y de la simbología de su escudo, se reconstruye el proceso de su acceso al poder, se expone el panorama

político y cultural de la Italia del momento, con las rivalidades y alianzas de las distintas familias, etc. Un lugar destacado en esta evocación lo ocupa la figura de Rodrigo de Borja (luego Papa con el nombre de Alejandro VI), caracterizado por su exagerado amor a su familia: esa característica es algo común a todos los Borgias, quienes, se dice, se querían y protegían con cariño feroz; siendo españoles, tuvieron la audacia de gobernar Roma, algo que no les fue perdonado, y tuvieron que sufrir después de su ocaso las calumniosas historias propagadas por sus enemigos. Los Borgia (argumenta el canónigo don Baltasar) deben ser juzgados en el contexto de su época, que fue una confusa mezcla de religiosidad y costumbres licenciosas, de paganismo y de fe.

En cuanto a César Borgia, aparece retratado como verdadero héroe del Renacimiento: elegante, generoso, astuto, valiente, ambicioso y también cruel cuando era necesario (un buen ejemplo de su brutalidad sin hipocresías la tenemos cuando castiga la defección de sus lugartenientes rebeldes eliminándolos a todos en Sinigaglia), e incluso orgulloso de sus crímenes, hasta el punto de convertirse en modelo para *El Príncipe* de Maquiavelo. Rasgos generales de su personalidad son la serenidad y la sangre fría; nacido en Roma, tenía un fuerte orgullo italiano, y buscó la unificación de todos los territorios de la península bajo un solo reinado, siendo aclamado como un héroe popular por los romanos, como libertador frente a la tiranía de los franceses. En algún pasaje se evoca su valor alanceando toros, o su carácter supersticioso, pues consultaba a los astrólogos antes de emprender sus hechos de armas.

En la novela —y concretamente en la tercera parte, «Nuestro César»— se reconstruye su precoz y fulgurante carrera eclesiástica (ordenado de menores, obispo, arzobispo, cardenal...); pero César Borgia, con su apasionada alegría de vivir, era «más soldado que cardenal», le atraían más las armas que las letras divinas, y siempre vestía y se mostraba como un príncipe laico, que era lo que deseaba ser: «César Borgia procedía en todo como un príncipe laico. Cuando se presentaba en público era siempre con la espada al cinto, vestido elegantemente a la española, o sea de negro, con larga pluma blanca en el birrete. Otras veces lo veían los romanos a caballo, llevando turbante y rico caftán, por gustarle las modas orientales después de su amistad con el príncipe Djem. / Se había hecho fabricar una espada, magnífica obra de arte, en cuya hoja estaban



Vicente Blasco Ibañez retratado  
por Ramón Casas

grabados los episodios más interesantes de la historia de Julio César y una inscripción latina, que luego fue el lema de su existencia, tan corta y abundante en aventuras: *Aut Cesar aut nihil* (o César o nada). / Manteníase en su familia una ambición tradicional que podía titularse borgiana. Desde Calixto III, los Borgia deseaban crear un reino en Italia que sirviese de apoyo al Pontificado. César se creía igual a los príncipes reales, destinados a heredar una corona. La única diferencia consistía en que él necesitaba adquirir el reino por su propio esfuerzo, apelando a la astucia y a la espada» (p. 1126b).

De ahí su propósito de secularizarse (había recibido sólo las órdenes menores) y casar con una princesa de sangre real, para lograr un gran reino italiano y una dinastía de los Borgia: piensa primero en Carlota de Aragón, hija de Federico de Nápoles, pero al final, en mayo de 1499, contraería matrimonio con Carlota de Albret. Tras pasar con ella sólo cuatro meses, regresa a Italia, sin llegar a conocer a su hija Luisa, nacida en los primeros meses de 1500.

A lo largo de la novela salen a relucir, claro está, los supuestos crímenes y acciones depravadas de César: sus amoríos con su hermana Lucrecia y su cuñada doña Sancha, atribuidos por sus enemigos; su posible participación en el asesinato de su hermano el Duque de Gandía, llevado por la ambición, o en el atentado contra Alfonso de Aragón, marido de Lucrecia, por celos; las violentas acciones de sus lugartenientes y sicarios, como Micalet (Miguelito o Michelotto) Corella, quienes, siempre fieles a César, actuaban siempre con un desprecio absoluto a la vida ajena... César Borgia fue acusado de innumerables maldades, y es verdad que cometió crímenes y ordenó muchas muertes; pero no es menos cierto que muchas veces mataba para que no le matasen a él, en una especie de crimen de Estado aceptado según los valores vigentes en aquel momento.

Un destacado lugar en la novela lo ocupa la descripción de sus brillantes campañas militares, calificadas como verdaderas obras «de artista»: se nos dice que con César Borgia y con Gonzalo de Córdoba empieza la guerra moderna. Su ideal político-militar es el mismo de su familia: crear un reino único, una monarquía guerrera que, al amparo de España o Francia, defiende a la Iglesia, de la cual él sería el capitán invencible; dicho de otra forma, la idea de crear una Italia borgiana, unificada bajo la Iglesia: a ese proyecto responden sus campañas triunfales como gonfaloniero de la Iglesia y Duque del Valentinado y de las Romañas. Además de este

aspecto marcial, se ensalza su figura como genio de la magnificencia, se pondera su liberalidad con artistas y literatos como Pinturricchio, Leonardo o Miguel Ángel. Sin embargo, estas cualidades positivas quedaron oscurecidas porque se le atribuyó todo lo malo. Y es que, siendo de por sí generoso e intrépido, franco y bravo, estando dotado de una inteligencia superior y una voluntad férrea, hubo de adaptarse a la traición, la astucia, la mentira y la duplicidad de la Corte romana.

También se rememoran sus años finales: apresado por Gonzalo de Córdoba, es llevado a España; permanece preso en el castillo de Chinchilla, cerca de Albacete, y luego en el de la Mota, en Medina del Campo (Valladolid), de donde se evade en octubre de 1506 para llegar a Pamplona y tener la protección de su cuñado, el rey de Navarra. César manda las tropas de Juan de Albret contra Luis de Beaumont, Conde de Lerín, un súbdito rebelde sostenido por Fernando el Católico. Así es como el destino le va empujando para morir en Navarra, oscuramente y sin gloria. En las pp. 1170-1171 el novelista evoca su muerte cerca de Viana y la erección de su sepulcro en la iglesia de Santa María, descrito por numerosos autores en el siglo XVI y después destruido en el XVII:

En esta pequeña campaña sin gloria iba a perecer oscuramente el capitán que había intentado la unificación de Italia.

El 11 de febrero de 1507 atacó la plaza de Viana, cerca de Logroño. Las fuerzas con que contaba César podían hacerle dueño de dicha población rápidamente. Sus defensores carecían de víveres, y algunas bandas del conde de Lerín se movían durante la noche en torno al campamento de los sitiadores, buscando ocasión para introducir un convoy en la ciudad.

Dichas operaciones nocturnas ocasionaban frecuentes escaramuzas, y un amanecer, al notar César Borgia que varios grupos de enemigos intentaban una de las mencionadas sorpresas, se armó rápidamente, no acabando de colocarse bien las piezas de su armadura, y montó a caballo, sin que en realidad fuese necesaria su presencia, galopando hacia los partidarios de Beaumont, ya en retirada. Tal era su ímpetu, que no volvió la cabeza atrás para enterarse de si era seguido.

Lo perdieron los suyos de vista, y al percatarse los adversarios de que sólo era un jinete quien venía en su persecución, le hicieron frente, encontrándose de pronto César rodeado de enemigos. Sintieron estos aumentar su osadía a la vista de las ricas armas del caballero,

y como eran muchos, lo abrumaron bajo una lluvia de golpes.

La armadura, colocada con precipitación, tenía algunas piezas sueltas, y uno de los atacantes consiguió meterle un lanzazo por el sobaco, que le hirió de muerte, derribándolo de su corcel. Como aún intentaba defenderse en el suelo, lo remataron a golpes, despojándolo de su envoltura metálica, así como de gran parte de sus ropas valiosas.

Al ver el conde de Lerín la riqueza de dicha armadura, de las más finas que se fabricaban en Italia, quedó absorto, no pudiendo adivinar quién sería este enemigo poderoso, muerto sin gloria en un barranco. Al volver al sitio de la lucha con un grupo de los suyos, vio el cadáver del misterioso jinete, medio desnudo, y arrodillado junto a él, llorando, a un mozo con aspecto de paje.

Era Juanito Grasic, que había vivido en tierra española todo el tiempo de la prisión de su señor, sirviéndole de intermediario con los que preparaban su fuga, y viniendo luego a Navarra a unirse con él.

Había seguido de lejos al duque en este amanecer, distanciado por la velocidad de su corcel, y acabó por descubrir el cadáver.

Beaumont y los suyos preguntaron a Juanito quién era el gran señor recién muerto, y el paje contestó entre gemidos:

—Don César de Borja, duque del Valentinado y de las Romañas.

Mostráronse los enemigos asustados de su propia obra, lamentando Beaumont que tan alto personaje, famoso en toda la Tierra, hubiese venido a morir allí como un pobre montañés de los que guerreaban en sus partidas.

Quedaba el cadáver en la iglesia de Santa María de Viana, bajo una tumba monumental, mezcla de las gracias del Renacimiento y las nobles formas del gótico florido español.

Figuraban en ella los Reyes de la Sagrada Escritura en actitud dolorosa, reflejando la emoción causada por la muerte de un tal héroe, y sobre el sarcófago, un pomposo epitafio castellano empezaba del siguiente modo:

AQUÍ YACE EN POCA TIERRA  
EL QUE TODA LE TEMÍA;  
EL QUE LA PAZ Y LA GUERRA  
EN LA SU MANO TENÍA... (pp. 1170b-1171b).

En definitiva, según la mirada rehabilitadora que les dirige Blasco Ibáñez, los Borgia fueron una familia

bastante parecida a otras de la fragmentada Italia renacentista, una época de lujo e inmoralidad, de corrupción general y en la que predominaba un claro desprecio por la vida ajena. Además, por su condición de extranjeros, fueron mirados con profunda animadversión y recelo cuando alcanzaron el máximo poder (el del Papado). La novela ofrece una completa vindicación de los Borgia, que no fueron ni más ni menos que otros personajes su época; es decir, no fueron santos, pero tampoco demonios, y deben ser juzgados en su contexto, no con criterios modernos. Por su parte, Cesar Borgia queda retratado como un enérgico hombre de acción y como prototipo del héroe del Renacimiento italiano. En fin, en el último capítulo de la novela, el canónigo don Baltasar acaba sus argumentaciones a Claudio con un encendido elogio de sus antepasados Borgia, en especial del Pontificado de Alejandro VI, que incluye también algunas palabras para su hijo César: «—Alejandro fue un gran Pontífice, y hasta su hijo César (la peor persona de la familia), resulta igual a los príncipes de su época. Sólo se diferencia de ellos por tener más talento y mayores condiciones de energía y actividad. Muchos de los crímenes que le atribuyen son indignos de su inteligencia y su carácter. Cuando César se decidía a obrar como malvado, por razones políticas o particulares, realizaba sus delitos con una franqueza bárbara o con una habilidad diplomática que arrancó gritos de admiración a Maquiavelo» (p. 1178a).

#### NOTAS:

(1) Véase, para las dos primeras, Rodolfo Cortina Gómez, *Blasco Ibáñez y la novela evocativa: «El Papa del mar» y «A los pies de Venus»*, Madrid, Maisal, 1974; y para las otras dos, Carlos Mata Induráin, «Las novelas históricas de Blasco Ibáñez: *En busca del Gran Kan* y *El caballero de la Virgen*», en Joan Oleza y Javier Lluch (eds.), *Vicente Blasco Ibáñez: 1898-1998. La vuelta al siglo de un novelista. Actas del Congreso celebrado en Valencia del 23 al 27 de noviembre de 1998*, Valencia, Generalitat Valenciana (Conselleria de Cultura y Educació), 2000, vol. I, pp. 419-35.

(2) Las citas de *A los pies de Venus* remiten a Vicente Blasco Ibáñez, *Obras completas*, tomo III, 8.<sup>a</sup> ed., segunda reimpresión, Madrid, Aguilar, 1972. 